

LA IDEA DE LA HISTORIA EN DON RAFAEL ALTAMIRA

Juan A. ORTEGA Y MEDINA

Cuando comencé mis estudios de Historia imperaba en la Universidad Central, en Madrid, la orientación filosófica perspectivista y vitalista orteguiana-diltheyniana que sería a poco calificada como historicista. Dos batallas, las dos ganadas, había sostenido la historiografía existencialista: la primera contra el krausismo imperante en la Filosofía del Derecho, de la Educación y de la Política, que encontró en España cómodo asiento, aceptación y difusión. En general el liberalismo español y, particularmente, el liberalismo republicano se centró en torno al krausismo hispánico, un tanto heterodoxo, si consideradas sus discrepancias filosóficas doctrinales, éticas y jurídicas, frente al panteísmo, frente a la gradación histórica y frente a la teoría absolutista del Estado postulada por Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). El segundo combate, batalla menor, fue contra la corriente positivista, inspirada, como se sabe en Augusto Comte (1798-1857), que en España, a diferencia de lo que ocurrió en México, tuvo poca difusión pues ejerció una influencia menor entre los cultivadores de la Historia.

Esta situación es tal vez la que puede explicarnos que don Rafael Altamira, en tanto que historiador, no fuese muy comprendido al principio de su carrera y que en cierta manera su producción científica historiográfica fuese juzgada con cierto desdén. El germanismo intelectual de la España de fines del siglo XIX y principios del XX no daba mucho crédito a los estudios de posgrado que el joven profesor Altamira había realizado bajo la égida de la filosofía y método positivistas de la escuela historiográfica francesa de los Seignobos, Langlois, etcétera. La metodología de esta escuela historiográfica, empeñada fundamentalmente en escudriñar, seleccionar y acumular hechos, con la esperanza de que estos, una vez organizados, hablasen por ellos mismos, estaba desacreditada, si bien se reconocía el valor informativo que proporcionaba la investigación rigurosa de las fuentes de acuerdo con dicho método científico. Pero la cosa quedaba ahí, los historiadores no daban un paso más, en tanto que los

sociólogos, nueva especie intelectual surgida por entonces, petulante-mente utilizaban la cacería acotada de los primeros para manipular con ella y determinar las normas sociológicas ínsitas en la ingente acribia informativa, con las cuales comprobar la marcha de la historia hacia una constante meta progresista, teleológica.

Sin embargo, todas las críticas fallaron, todas las arrogantes suficiencias cesaron cuando el maestro e investigador alicantino, ya de regreso a España, comenzó una concienzuda tarea que culminó, según es sabido, en su muy famosa, más estimada y traducidísima *Historia de España y de la Civilización Española* (1900, 4 volúmenes), que abrieron las puertas de la fama y del reconocimiento a sus extraordinarias dotes de investigador: el primero que en la historiografía moderna española tenía estatura internacional. Por supuesto, esta obra acusa el método científico empleado por su autor; pero no desdeña las aportaciones que le proporcionan sus conocimientos literarios, filológicos, filosóficos y jurídicos, examinados y pues analizados a la luz de un riguroso positivismo, que, sin embargo, es atemperado y diluido mediante una poderosa conciencia histórica creadora, que ya no pertenece exactamente al ascendiente filosófico comtiano, sino a la tradición iusnaturalista española del siglo XVI, tan de suyo conciliadora y pacifista.

Por primera vez, tras dos siglos de infecundidad historiográfica, en el Occidente civilizado una obra histórica española era leída y aceptada, comentada y traducida. Como ha sido dicho, esta obra de Altamira no sólo desataniza a España sino que la desataniza igualmente más allá de los Pirineos y allende el Océano. Esta *Historia*, que aparece en un momento crucial, de conciencia crítica, comienza la curación del alma dolida y desencantada de la generación española del noventa y ocho; cicatriza heridas recientes y fistulas tradicionales que amparadas en falsos casticismos y marchitas glorias imperiales impedían la palingenesia de la vieja España.

Otra obra importante de Altamira y de proyección didáctico pedagógica es *La Enseñanza de la Historia* (1891), con la cual renueva la aletargada tradición historiográfica española en el terreno de la investigación y rechaza la primacía que hasta entonces había alcanzado la historia político militar y la secuencia temporal monárquica de la misma. Presenta en primer término una apretada síntesis crítica de la historia de la Historia; analiza métodos y entrega al estudioso los fundamentos del proceso de investigación positivista que el historiador en ciernes debe proseguir. Es también útil obra, y lo fue todavía más por la época de su aparición, en que los historiadores todavía

apelaban a principios de autoridad y a dogmatismos intolerables, para los maestros del ciclo medio de enseñanza por las novedades temáticas y didácticas con las que éstos deben despertar el interés de los alumnos y avivar o encauzar vocaciones.

Por otra parte, la enseñanza metodológica de la Historia y el estudio, pongamos por caso, del Derecho Indiano fueron las preocupaciones científicas en que el maestro puso más énfasis, así en sus cátedras como en sus seminarios. El método, insistimos en repetirlo, debía ser el positivo; pero había que tener muy en cuenta que el análisis de la legislación española e hispanoamericana exigía por parte del historiador el conocimiento en profundidad de la *ratio legis*; es a saber, la explicación racional e histórica de la ley, así como su verdadera vida afectiva, sus antecedentes y circunstancias de tiempo y espacio: la situación anterior en cada una de ellas. En su *Técnica de Investigación en la Historia del Derecho Indiano* (2a. edición, México, Porrúa, 1939, *passim*) el estudioso encuentra explicitado este circunstancialismo con ejemplos, varios relativos al punto o puntos en cuestión. También se siente obligado a definir lo que él entiende por historia, y lo hace decidiéndose por afirmarla como ciencia, tras exponer en resumen analítico las controversias sostenidas al respecto, así como las soluciones acordadas a este difícil problema (Apud, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948).

Basta ojear la bibliografía compilada por su antiguo alumno Javier Malagón (México, UNAM, 1971) para quedar asombrado de la capacidad e intensidad que en sus trabajos de profesor, historiador y jurista puso el incansable don Rafael. Investigador incansable y fecundo; entusiasta en extremo, acucioso, objetivo. Creyó sinceramente que era posible escribir la Historia con absoluta ecuanimidad, objetiva, desapasionada e imparcialmente, como su clásico inspirador exigía: *sine ira studio*. La misma obra histórica altamirana no nos da propiamente un mentis a este afán de objetividad e imparcialidad; pero sí limita, por simpatía temática, los desiderata del método.

El historiador español fue un investigador, como escribe el micro-historiador Luis González, "devoto de sí mismo" e "interesado únicamente en desplegar ante sus alumnos su *curriculum vitae* adornado de toda clase de moños y listones" (Apud "La Pasión del Nido" *Historia Mexicana*, 100, México, 1976). Escribe esto el historiador de San José de la Gracia cuando fue alumno de don Rafael Altamira en El Colegio de México. Yo estimo que la expresión no deja de ser

un jocoso desenfado del por entonces estudiante, que no puede aún aquilatar el dramatismo vital de un octogenario historiador y jurista que consagró toda su vida a la oración del trabajo y que la vio seriamente amenazada casi al final de su fecunda y benedictina tarea. Es muy fácil, cuando no se tienen experiencias amargas, burlar de las ajenas. Algo ligeramente semejante ha ocurrido cuando algunos se han referido con cierta ligereza al drama de la expatriación forzosa que Altamira, al igual que muchísimos otros españoles, entre los cuales honrosamente me encuentro, tuvo que sufrir. Pero el forzado exilio, esa constante de la historia española e hispanoamericana, como ayer se dijo, es algo muy serio, doloroso y desgarrador; es una tragedia que se debe superar con buen ánimo para olvidarse del íntimo muro de lamentaciones que todos los transterrados llevamos por dentro.

Volviendo al tema apuntado líneas arriba, me pregunto: ¿Por qué no hemos de aceptar, comprender y disimular si es preciso la senil inmodestia de un historiador que cargaba consigo una experiencia profesional y vital extraordinaria, y que, no obstante no le impidió ya en el sosiego relativo del transtierro dedicarse afanosamente a sus estudios, publicaciones y reediciones con las que completó lo que el llamó su débito americano; "Lo que debo a México"? Entre otras cosas nada menos que el *Doctorado Honoris Causa* que recibió de manos de don Justo Sierra en 1910.

De regreso a España, tras su fructífero viaje americano, Altamira fue el fundador y, pues, director del Seminario de Historia de América del Centro de Estudios Históricos. Y viene ahora muy a propósito el americanismo del historiador español, porque éste, que tiene su réplica hispanoamericana en nuestro historiador don Carlos Pereyra, ilustre transterrado asimismo, y muy alejado de Altamira filosófica y políticamente, fue uno de los primeros españoles de gran talla intelectual que renovó el contacto con la América Hispana, tendiendo el puente de mutua comprensión sobre el profundo abismo de los odios e incomprensiones históricas. La idea de acercamiento de Altamira es la misma de amorosa apertura intelectual sostenida por Pereyra. Por su parte, Altamira escribe después de su visita a México (1909-1910): "nuestra obra americanista ha sido de paz, de concordia y de amplio humanitarismo intelectual, lo ha sido naturalmente respecto de las relaciones concretas con los pueblos hispanoamericanos". Porque Altamira desde el punto y hora en que comenzó su carrera de historiador se preocupó fundamentalmente en acercar y dar a conocer Hispanoamérica a los españoles y España a los ameri-

canos. Por ello el objetivo fundamental de su cátedra y seminario en la Universidad Central fue la formación de alumnos españoles e iberoamericanos para restañar la dolorosa herida intelectual y emotiva que desde la independencia de Hispanoamérica había dividido lo que el llamaba la civilización hispánica.

Deseamos destacar por último un rasgo importante del historiador valenciano: su actitud serena al enjuiciar el carácter español y, por supuesto, el de la historia de España. En uno de sus postreros libros (*Los elementos de la civilización y del carácter españoles*, Buenos Aires, Editorial Lozada, 1950) su espíritu conciliador y ecléctico analiza las contradicciones del sujeto histórico peninsular, masa e individuo influyéndose mutuamente, y aunque él tomó parte, como hombre republicano y liberal, en uno de los sectores contendientes en la Guerra Civil, por supuesto el lado republicano, se mostró lo suficientemente equilibrado para reconocer las fallas y virtudes en el bando republicano como en el nacionalista. Altamira también alude a las características diferenciales de los pueblos españoles y censura la exasperada consideración que cada uno de estos pueblos tiene de sí mismo, con merma y desequilibrio del resto. Importante fue también para Altamira el estudio de la *Historiografía humana* y más decisivo, si cabe, la inclusión en este estudio de la historiografía española; pero se echa, sin embargo, de menos un análisis crítico profundo de los historiadores y cronistas de Indias, que si bien no teorizaron, como reconoce el propio autor, si predicaron una verdadera historiografía de la civilización en la que se nota la impronta de la naturaleza americana y la presencia de múltiples seres humanos antes desconocidos (*Los elementos de la civilización y el carácter españoles* (op. cit.))

Digamos ya para terminar, que don Rafael Altamira fue fiel a sus dos patrias: a España y a México. La mejor herencia que ha dejado consiste, a nuestro entender, en establecer firmemente, según se dijo, los cimientos de la comprensión y del acercamiento entre la diversa y dispersa familia hispánica.